

El Maestro

CUANDO se hayan sucedido los siglos a los siglos, no quedarán de este barajar de nombres colombianos sino el de aquellos pocos que ayudaron a realizar nuestra primordial exigencia: la educación. Entre los primeros, se destacará el del hombre luminoso que fué Carlos Arturo Torres.

Precisamente, el claro esfuerzo de este alumbrador y director de almas, se dirigió a eliminar de las perniciosas influencias humanas, las de aquellos individuos y aquellas supersticiones que impiden o entran nuestra ascensión en el mundo de los civilizados; y a que la memoria y el prestigio de tantos caudillos y de tantos mitos como nos han inficionado, se anulen y mueran en la conciencia infantil de nuestros pueblos.

El mismo definió la calidad altísima de su apostolado cuando describió el que necesita Colombia, «que se identifica por modo superior con el apostolado del ideal, como hoguera encendida en una cumbre muy alta; para ascender hasta la irradiación vivificadora de sus llamas, cumple llenar la tarea tres veces santa de fortalecer los músculos nacionales por el trabajo, de serenar el corazón por la tolerancia y de levantar el espíritu por la justicia».

Este hecho de la educación pública, de la ilustración de las democracias, que tuvo siempre una altísima significación ética y social, la tiene hoy—de modo imponderable—para la independencia política y económica de los pueblos. Los teorizantes y los practicantes del moderno imperialismo, a la manera de Roosevelt, Hughes, Lenine, Sheperd, Rusell, etc., quieren y anuncian que las únicas naciones que pueden gozar de plena soberanía son aquellas cuyos hijos estén preparados técnicamente para el triunfo y el dominio. Puede suceder que ésta no sea la doctrina de la moral más pura, pero hay mil indicios positivos de que ella es la que está dirigiendo a los estadistas y la que acabará por predominar.

De allí la importancia decisiva—actual y política—de la educación y de educadores de las masas.

Lo fué Carlos Arturo Torres, no sólo por la austeridad de su conciencia, la claridad de su talento y la extensión de su cultura (calidades que caben en los grandes fanáticos, que son los *deseducadores* más peligrosos), sino por el acierto maravilloso con que penetró en el fondo de nuestros pueblos ibero-americanos, desentrañó sus defectos capitales y los exhibió para lección y correctivo.

Allí está, para demostrarlo, toda su obra política social, concretada en ese libro apostólico, en esa propaganda evangélica que, siguiendo la idea de Bacon, tituló *Idola Fori*.

Libro que debería ser de lectura en nuestras escuelas primarias, de estudio en los colegios, de meditación en las universidades, de propaganda en las bibliotecas populares, de serena lección en los escritorios de los estadistas, y de educación para todos.

Se dice allí, en forma gallarda y definitiva, por qué y por dónde pecamos más, qué aberraciones debemos destruir y qué principios debemos levantar. Es un resumen incontrovertible de las razones de nuestra inferioridad y un derrotero seguro para alcanzar la ansiada y hoy tan lejana superioridad.

Ese libro que es, a un tiempo, llama y faro, quema las supersticiones políticas que entenebrecen el espíritu colombiano y se dedica a demostrar las verdades sociales que deben reemplazarlas.

Recuerda a los conductores políticos, y la desarrolla, la doctrina de Beasconfield, según la cual el deber de los estadistas es efectuar por medios pacíficos y constitucionales todo lo que haría una revolución por medios violentos; doctrina de actualidad colombiana, que señala el camino de las presentes oposiciones.

Allí analiza la noble fisonomía del grupo republicano independiente que rompió con Blaine en 1884, precursor del tercer partido que hoy se destaca como purificador de la política corrompida de Norteamérica y que es programa de altas ideas ibero-americanas. Habla del grupo de los *mugwump*, «vinculación» de superiores capacidades políticas, cuyo concepto de la autonomía personal les vedaba el sometimiento incondicionado a las exigencias de los partidos; es, en rigor, más bien una escuela política que un partido; es el espíritu cuyo honrado latitudinarismo se coloca fuera de los partidos y encima de ellos; no es una falange, es una teoría que inscribe en sus armas el lema del florentino inmortal: «Aquel a quienes los gibelinos llaman güelfo, y los güelfos gibelino, ése está en lo cierto».

Vapula aquella monstruosa y tiránica superstición, que la propia conciencia rechaza y el hábito mantiene, que ni siquiera es *un partido*, sino *el partido*, al cual sacrifican nuestros hombres—y nó de los ignorantes—la independencia individual y el libre pensamiento. Dígase si no es éste el humilde vasallaje que altas intelligen-

cias rinden a torpes caudillos, que pasan por representar ese ídolo: *el partido*.

Consuela Carlos Arturo Torres a los que ejercen el apostolado social—se consuela él mismo—cuando advierte: «No es una corriente unánime ni una mayoría poderosa, sino un grupo desamparado y casi siempre una mente de elección quien señala a los pueblos, en los momentos de extravío o en la tenebrosidad de las regresiones, la vía de salud y las cúpulas de la ciudad futura. No es de un gobierno, así sea el más despótico de ellos, de donde parten para ese pensador o para ese grupo, las más aviesas asechanzas y las persecuciones más implacables; es la sorda hostilidad de la opinión dominante, la tácita reprobación de las mayorías, la abrumadora adversidad del medio, la que aísla en una suerte de cuarentena moral a los audaces que denuncian el prejuicio universal y sacuden, arrojando indiscretas chispas, la antorcha de la verdad sobre el espeso manto de tinieblas en que las multitudes se envuelven obstinadamente para negar la luz».

Se dirá que esta apoteosis que hoy hacen la república oficial y la república de las letras a Carlos Arturo Torres, es un mentís a tan amargas sentencias. No; la apoteosis es la confirmación: ella se tributa porque está muerto; la gloria no alumbró su vida sino que ilumina pálidamente sus restos; pero sus ideas siguen sufriendo las más aviesas asechanzas, y encerradas en una cuarentena moral. Y aún ahora, muerto, se le escarnece llamándolo *General*, y se desconoce su obra, tributándole honores militares, los mismos con que se sepulta a los caudillos, tan combatidos por él.

Continúa siendo en Colombia una necesidad premiosa el desterrar lo que Torres llamaba la deificación de los hombres de presa, de los héroes y de los providenciales, forma de superstición aristócrata en un pueblo democrata; y el oponerle el respeto a la ley, el concepto de dignidad nacional y el culto serio de la libertad.

Creía Torres, con generosa esperanza, que la presente centuria abriría una *tournant* en nuestra vida de nación y que nuestros partidos no volverían a inscribir en sus banderas, como negras palabras de un odio encendido, aquí *tradicción*, allá *porvenir*, aquí *autoridad*, acullá *libertad*, sin tener en cuenta todo lo que hay de relativo y de conciliable entre esos extremos. Pero es lo cierto que si pudiera abrir los ojos allí mismo donde están hoy sus despojos, y mirar alrededor, vería que las fatídicas paralelas siguen cubriendo y abrasando la tierra y las almas colombianas.

Si queremos seguir las sabias ense-